

# Si no os hacéis como niños...

**Hans Urs von Balthasar.** *Si no os hacéis como este niño.*

Vale ahora, entonces, mostrar los rasgos esenciales del hombre que vive y encarna, como adulto, la filiación divina. Estos rasgos se vuelven claros y legibles en Cristo mismo. Él conservó intactos todos los trazos del ser niño-hijo de Dios, mientras cargaba con la tarea sobrehumanamente dura y difícil de reconducir el mundo entero a Dios.

Todas sus palabras y acciones delatan que Él contempla al Padre en un eterno asombro de niño: «El Padre es más grande que yo» (Jn. 14, 28). Y por cierto, irrecuperablemente más grande, pues es el origen de todo, también del Hijo. El Hijo nunca piensa en recuperar ni adelantarse a su Origen, pues con ello sólo se aniquilaría a sí mismo. El Hijo se sabe don, regalado a sí mismo e inexistente sin el donante, el cual toma distancia del don y a la vez se dona a sí mismo en él. (...)

Pues el acto de la eterna entrega de sí del Padre al Hijo es un presente eterno, no es nunca algo pasado, concluido, ya acontecido, o algo más allá del derrame de amor, algo debido o exigido. Si bien es lo recordado anterior a todo lo pensable y memorable, permanece ofrecido siempre de nuevo, lo esperado en infinita confianza de amor. El niño Jesús se maravilla de todas las cosas: desde la existencia de su amorosa Madre hasta su propia existencia, y a partir de ambas se maravilla de todas las formas del mundo circundante, desde la flor más pequeña hasta el cielo infinito. Pero este maravillarse proviene del maravillarse mucho más profundo del Hijo eterno, que en el Espíritu absoluto del Amor se maravilla sobre el Amor mismo que penetra, anima y excede todas las cosas. «El padre es más grande»: ese comparativo nos dice mucho más que un positivo «grande», mucho más que un superlativo, «el más grande», con el que sería alcanzada una conclusión insuperable. El comparativo es la forma lingüística de la maravilla.

Conservar el asombro infantil en el mundo de los hombres no es tarea fácil, porque mucho en la educación tiende al aprendizaje de lo habitual, de lo dominable, de lo que funciona automáticamente. La tecnificación -juegos electrónicos para los niños- aumenta aún más el placer de dominar. Pero a través de todas las edades de la vida se conserva el carácter libre e indomable del tú, del prójimo, que cristianamente –gracias a la segunda parte del mandamiento principal- permanece un motivo de reverencia maravillada frente a la libertad del otro, pues esa libertad solo puede ser solicitada bajo la clave del amor. En el florecimiento de las relaciones eróticas de los adolescentes se despierta de nuevo la maravilla originaria con toda su fuerza primordial. La tarea cristiana consiste aquí en llevar esa relación desde el ámbito sensual hasta lo más profundo del corazón y hacer que allí se deposite, pues en esa profundida es posible conservar vivo el asombro reverente frente a la donación del compañero, aun después de la sublimación del impulso sensual y en lo cotidiano y habitual de la vida común. Y también existe para quien está abierto a lo Absoluto un maravillarse frente a la naturaleza conocida por la apertura de los sentidos. Ciertamente la semilla germina, la primavera retorna, las especies animales son conocidas, pero ¿no es y permanece asombroso que todo ello exista? ¿No es el reflejo de luz de una flor, la mirada suplicante o agradecida de un perro tan admirable como lo es el funcionamiento de un nuevo tipo de aeronave (frente a la que nos asombramos más por el espíritu creativo del hombre que por la obediencia y docilidad de la materia)?

«El padre es más grande que yo» esta afirmación se encuentra oculta y latente en toda experiencia humana. Dios es y permanece, también en lo que ha transferido como propio a sus criaturas, el Siempre Mayor. La criatura receptora nunca puede acostumbrarse o adueñarse de la donación y dedicación amorosa de una libertad creada, o incluso de una cosa a la que le es otorgada la capacidad de darse.

De aquí, como segundo aspecto, surge inmediatamente el elemental agradecimiento que, una vez más, podemos leer y recoger originariamente en el niño eterno Jesús. Acción de gracias, en griego *eucharistia*- es la quintaesencia de la actitud de Jesús frente al Padre. «Padre, te doy gracias porque me has escuchado», dice Jesús junto a la tumba de Lázaro, sabiendo claramente que el Padre le ha donado la fuerza de resucitar muertos (Jn. 11, 41). La mirada suplicante y dadora de gracias dirigida al cielo en la multiplicación de los panes (Mc. 6, 41), preludio de la eucaristía definitiva, en la que Él reparte el pan y el vino sólo luego de haber dado gracias al Padre, que es quien le concede esta extrema profusión de sí (Mc. 14, 23 ; Mt. 26, 27 ; Lc. 22, 17.19 ; 1 Co. 11, 24). Precisamente en este momento, cuando Él se ha dado a sí mismo, acontece la acción de gracias decisiva, y esto debería saberlo todo aquel que pronuncia la palabra eucaristía. Toda celebración eucarística de la comunidad eclesial es esencialmente acción de gracias al Padre, en la que todos los participantes agradecen junto con el Hijo por el «gran banquete» en el que ellos no sólo participan, sino también tienen la gracia de prodigarse y sacrificarse junto con el Hijo. (...)

El niño humano depende en todo de actos libres de donación, en él súplica y agradecimiento están inseparablemente unidos. Porque él depende y necesita, es —antes de toda decisión libre moral— originariamente agradecido. Y cuando, al ir creciendo, se le insiste: «di *por favor*», «di *gracias*», no se le está enseñando nada nuevo, sino que se busca salvar lo primordialmente presente en una esfera superior y más consciente. Aquí no entran en juego únicamente los dones particulares, sino que también la conciencia originaria, el sí mismo, en cuanto yo, debe pertenecer a lo donado y se ha de dar gracias por estar incluido en la esfera de la conciencia libre. Ser niño significa agradecerse, agradecer su propio ser, y porque en nuestra vida adulta nunca llegamos a no tener que agradecer más nuestro ser-yo, entonces nunca llegamos a emanciparnos de nuestro ser niños. Y junto con esta obligación de agradecer-nos nunca nos libramos de la necesidad de suplicar, del abandonarnos, del concedernos. Los hombres olvidan esto tanto a nivel particular como a nivel cultural e institucional. Solo la religión cristiana, que es transmitida esencialmente por el Niño de Dios, mantiene viva en sus fieles, durante toda su vida, la conciencia infantil de tener que suplicar y agradecerse. Jesús no insta a ese «di *por favor*», «di *gracias*» infantil, porque, de lo contrario, los dones no serían regalados, sino para que sean reconocidos como dones. «Pedid y se os dará; buscad y entraréis; golpead y se os abrirá» (Mt. 7, 7), con tal certeza que al suplicar ya podéis agradecer por lo recibido (Mt. 11, 24).

De aquí surgen también las prohibiciones del Sermón de la montaña de preocuparse por el día de mañana y el ruego al Padre Nuestro que solo pide por el pan del día. ambas cosas solo son comprensibles para los niños de Dios; pues cuando los niños piden algo, siempre se trata de algo inmediato, y cuando se sientan a la mesa para comer nunca piensan en la comida de mañana. Los adultos, que han de cuidar de sí y de sus niños, no podrán más que pre-ver y pre-ocuparse. (...)

Pero esto, de nuevo es una actitud infantil, porque los niños están prontos a regalar y forman la contraparte necesaria de aquellos que se afanan y preocupan por el día de mañana. Jesús no formuló un orden social en el que los países ricos habrían de asistir a los pobres, Él sólo bosquejó una comunidad entre los necesitados y los propietarios, en la que Él mismo se ubica como el criterio definitivo del comportamiento recto e infantil: «Yo estaba hambriento, sediento, desnudo, extranjero, enfermo, preso» y vosotros me habéis dado o no me habéis dado, habéis sido niños generosos o adultos avaros, y de acuerdo con ello seréis rectamente juzgados (Mt. 25, 37-46). La despreocupación y la alegría de dar

infantiles se complementan mutuamente en la visión de la humanidad del gran Hijo del Padre. (...)

Un cuarto y último aspecto. El niño tiene tiempo, un tiempo incalculable, no acaparado avaramente, sino recibido y aceptado en paz e "indiferencia" que dejan ser. Tiempo para jugar. Tiempo para dormir. El niño no sabe de agendas, en las que de antemano se ha vendido cada minuto. Cuando Pablo nos exhorta a «redimir o rescatar el tiempo» (Col 4, 5; Ef. 5, 16), probablemente entiende todo lo contrario, es decir, no despilfarrar las horas y los días como mercancía barata, sino vivir ahora el tiempo regalado en su plenitud, donde no se trata ni de «gozar» ni de «usar», sino únicamente de aceptar agradecidamente el cáliz pleno que se nos ofrece. El instante pleno, porque en él se concentra sin esfuerzo todo el tiempo: en él se recoge y eleva tanto el recuerdo de haber-ya-recibido con la esperanza de recibir ahora más tiempo. Por eso, el niño no se espanta ante la fugacidad del instante, que, de percibirla, le impediría tomarlo en plenitud y así «redimirlo».

Solo en un tiempo semejante es posible el juego, pero también el entregarse indefenso al sueño. Y solo en un tiempo semejante es posible para el cristiano encontrar a Dios en todas las cosas, así como Cristo ha encontrado al Padre en todas las cosas. El hombre presionado y con prisa (es decir, oprimido) difiere el encuentro con Dios a un «momento libre» -siempre a su vez nuevamente aplazado-, a un «tiempo de oración», fatigosamente arrancado de su sobrecargada tarea diaria. Un niño que conoce a Dios puede encontrarlo en cada instante, pues cada instante toca el fundamento del tiempo, reposa misteriosamente en la eternidad. Y esta eternidad peregrina sin alterarse junto con el tiempo pasajero. «Yo soy el que soy» se define Dios a sí mismo, lo que también significa: Yo soy de tal manera que estaré siempre presente en cada instante del devenir.